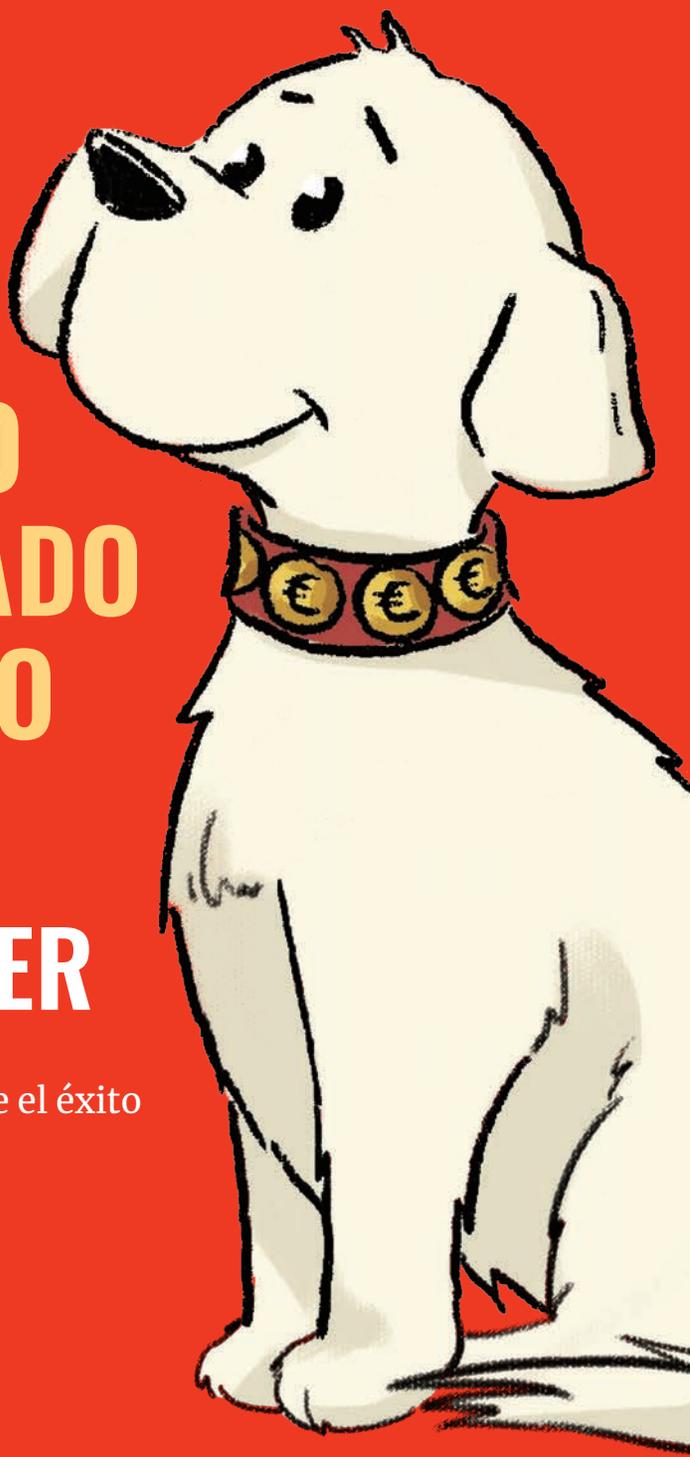


UN PERRO LLAMADO DINERO

BODO SCHÄFER

Una fábula sobre el éxito
y la prosperidad



BODO SCHÄFER
UN PERRO LLAMADO DINERO
Traducción de Marta de Bru de Sala i Martí

© Bodo Schäfer, 1999

Represented by The Rights Company – Maastricht, The Netherlands (www.therightscountry.nl)

© por la traducción, Marta de Bru de Sala i Martí, 2023
Corrección de estilo a cargo de Álex Herrero

© por la ilustración de la cubierta, Jiang Ting
© por el diseño de la cubierta CITIC Press Corporation
Adaptación de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-9998-970-9
Depósito legal: B. 7.641-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficasas
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

El labrador blanco	9
Las cajas y el álbum de los sueños	23
Daryl, el niño que ganaba mucho dinero	37
Cómo consigue mi primo ganar tanto	51
El dueño anterior de Dinero	65
Deudas: lo que mis padres hacen mal	75
Primera visita al señor Goldstern	85
La señora Trumpf	97
La aventura	105
En el viejo sótano	115
Mis padres no lo entienden...	125
El regreso de la señora Trumpf	135
La gran crisis	147
El club de inversión	155
La charla	169
El club invierte	177

Los abuelos diversifican el riesgo	191
El final de la gran aventura	203
<i>Caer siempre de pie. Un epílogo para adultos</i>	
<i>del doctor Jürgen Zimmer</i>	211
<i>Prólogo para adultos</i>	219
<i>Apéndice</i>	235
<i>Biografía</i>	239

EL LABRADOR BLANCO¹

Hacía muchísimo tiempo que quería tener un perro. Pero vivíamos en un piso de alquiler y nuestro casero nos lo tenía prohibido. Mi padre había intentado razonar con él, pero no había servido de nada. Era una de esas personas con las que no se puede entrar en razón. Se había escudado diciendo que a los demás inquilinos no les gustaría tener un perro en el edificio. Menudo disparate. Sabía de una familia del segundo piso y otra del tercero a las que también les gustaría tener un perro.

(1) *Un perro llamado Dinero* se publicó originalmente en 1999 en Alemania. Las técnicas y enseñanzas que proporciona continúan siendo hoy vigentes; sin embargo, los ejemplos concretos de los que se sirven algunos personajes a lo largo de la novela responden necesariamente a la realidad de la economía alemana en el momento de la redacción del libro. En los casos imprescindibles, esta edición incluye notas con los datos más actualizados y adaptados al contexto de España. (N. del E.)

En realidad, quien no quería ningún perro en el edificio era él.

Una vez mi padre me dijo: «No tiene nada que ver con el perro, lo que pasa es que no está a gusto consigo mismo y no quiere que los demás seamos felices». Un día tuve la oportunidad de examinar detenidamente al casero. La verdad es que parecía malvado e infeliz. Después de que mi madre también le comentara el asunto del perro, nos mandó una carta certificada amenazando con echarnos del piso.

Hoy en día, sigo pensando que ninguna persona debería tener derecho a prohibir a otra tener un perro. Y también que tiene mucho sentido comprarse una casa, aunque solo sea para poder decidir cuántas mascotas tener.

Tiempo después, mis padres consiguieron comprar una casa con jardín. Tenía una habitación para mí sola y me sentía en el séptimo cielo. Sin embargo, mis padres no parecían muy felices. Resulta que todo les había acabado costando mucho más de lo que tenían planeado. Enseguida me di cuenta de que íbamos cortos de dinero, por supuesto. Así que decidí guardarme para mis adentros lo que deseaba durante varias semanas. Aunque lo único que realmente deseaba era tener un perro.

Una mañana mi madre me despertó emocionada.

—Kira, despierta enseguida, hay un perro herido durmiendo delante de casa.

Salí de la cama de un salto y bajé las escaleras a toda velocidad. Y, efectivamente, en el rincón que quedaba entre la casa y el garaje yacía un perro blanco. Dormía profundamente, pero parecía intranquilo.

En el lomo, a la altura de las patas traseras, tenía una herida de unos seis centímetros de largo que había sangrado profusamente. Parecía como si lo hubiera atacado otro perro. Debió de haberse arrastrado hasta aquí y quedarse dormido de puro cansancio. Se me encogió el corazón. «¿Qué clase de animal mordería a un perro tan bonito como este?», me pregunté. De repente, se despertó. Me observó con sus grandes ojos. Acto seguido, dio un par de pasos para acercarse a mí, pero temblaba mucho y estaba demasiado débil. Le resbalaron las patas sobre la piedra lisa y se cayó sobre su vientre. Enseguida se hizo un hueco en mi corazón.

Lo metimos con cuidado en el coche y lo llevamos a la clínica veterinaria. Allí le suturaron la herida y le pusieron una inyección. Entonces el perro, ya más relajado, se durmió. El veterinario nos confirmó que el corte había sido causado por una mordedura, pero nos aseguró que se curaría pronto. También nos proporcionó información sobre el perro. Nos contó que se trataba de un labrador, una raza especialmente bondadosa e inteligente, y también muy cariñosa con los niños. Dijo que, debido a su carácter, los labradores son los mejores perros guía. Mientras el veterinario hablaba, yo acariciaba al perro blanco. Qué pelaje más suave. Qué perro más dócil.

Ni siquiera se dio cuenta de que nos lo llevábamos de vuelta a casa. Lo tumbamos con cuidado encima de una manta en la cocina. No podía quitarle los ojos de encima. «Espero que se recupere», pensé.

Al parecer, mis temores eran infundados. El perro blanco se recuperó muy deprisa. Pero entonces sentí

que se avecinaba un gran problema: no sabíamos ni de dónde venía ni a quién pertenecía. ¿Nos lo podríamos quedar? De repente, el miedo me dejó paralizada. ¿Y si mis padres no querían tener ningún perro? Al fin y al cabo, no teníamos mucho dinero.

Eso sí, teníamos que buscar a su dueño. Sin embargo, esperaba en secreto que no lo encontrásemos. Lo primero que hizo mi padre fue colgar carteles. También llamó a los refugios de animales más cercanos. Pero nadie sabía nada de un labrador blanco. Y, cada día que pasaba con nosotros, el perro se iba haciendo también un hueco en el corazón de mis padres. En cierto modo, pronto fue uno más de la familia.

Entretanto, el labrador se recuperó por completo. Un día jugué con él hasta que se quedó exhausto. Entonces me senté en la mesa de desayuno. Mis padres estaban hablando otra vez de dinero. Decidí no prestarles atención. En primer lugar, porque no entendía nada y, en segundo, porque nadie parecía muy contento cuando se hablaba de ese tema.

En cuanto detuvieron un momento la conversación, desvié su atención hacia un tema mucho más importante.

—¿Cómo se llama el perro? —pregunté.

Y de repente todos nos dimos cuenta de que no sabíamos cómo se llamaba.

En mi opinión, aquello no era lo ideal. Al fin y al cabo, un perro necesita un nombre. Me quedé obser-

vando aquel ovillo blanco que dormía encima de su manta a unos tres metros de mí. No se me ocurría ningún nombre adecuado. Seguí dándole vueltas...

Mientras tanto, mis padres retomaron su conversación sobre el dinero. De repente, mi padre soltó un gran suspiro.

—Dinero, dinero, dinero... ¡Todo gira alrededor del dinero!

El labrador se levantó de un salto y se acercó a mi padre.

—¡Dinero! —grité—. Ha reaccionado al oír la palabra «dinero».

El perro enseguida vino hacia mí.

—Debería llamarse «Dinero», ha elegido el nombre él mismo —dije.

Pero mi madre no parecía muy entusiasmada.

—No sería serio llamar Dinero a un perro.

A mi padre, en cambio, aquella idea le hizo gracia.

—A mí no me parece un mal nombre. Imagínate gritar «¡Dinero!» y que Dinero viniera corriendo. Así se acabarían todos nuestros problemas.

Por supuesto, en aquel momento mi padre no tenía ni idea de que no iba tan desencaminado con lo que acababa de decir. Y así fue como el labrador pasó a llamarse Dinero.

Seis semanas más tarde seguíamos sin saber de dónde venía Dinero. Aunque, en realidad, yo no quería saberlo. Porque si encontrábamos al dueño tendríamos que devolverle su perro. Y yo quería que se quedara con nosotros para siempre. Aun así, en mi interior seguía

temiendo que un día el propietario se plantara ante nuestra puerta y tuviera que devolverle a Dinero... Supongo que huelga decir que Dinero y yo nos habíamos convertido en mejores amigos.

Dinero ya llevaba medio año con nosotros cuando de repente ocurrió el incidente. Era un perro increíblemente cariñoso, paciente y listo. Tenía la mirada más inteligente que había visto nunca. Y, a veces, estaba convencida de que entendía lo que le decía.

A todos los labradores les gusta nadar. Pero creo que ninguno ha pasado tanto tiempo dentro del agua como Dinero. Era incapaz de nadar entero ningún arroyo o lago. Tenía muchas ganas de ver qué le parecería el mar de verdad, con una gran playa de arena y las olas. Sin embargo, mis padres me dijeron que me quitara la idea de la cabeza por ahora, pues el negocio de mi padre no iba muy bien.

Normalmente, los domingos paseábamos por la orilla del gran río que atraviesa nuestra ciudad. Al menos se parecía un poco al mar. Sobre todo, bajo el puente, donde el río era más caudaloso y peligroso.

No sé qué le ocurría a Dinero aquel domingo. Llevaba toda la mañana haciendo una travesura detrás de otra. Mientras estábamos paseando, de repente, se alejó corriendo de mí. Lo llamamos y lo buscamos sin descanso. Entonces vimos que estaba siendo arrasado por la corriente del río. Hoy en día todavía no tengo ni idea de cómo se pudo haber metido allí, pues sabía perfectamente que tenía prohibido meterse en el agua en aquel lugar en concreto. La corriente era demasiado fuerte y el

río lo arrastraba hacia el puente. Había una red colocada entre dos pilares y Dinero se quedó atrapado en ella. Las olas le pasaban por encima de la cabeza. Cada vez le resultaba más difícil respirar. Cada vez sumergía la cabeza durante más tiempo.

Tenía que salvar a Dinero de alguna manera. No podía quedarme mirando mientras se ahogaba. Entonces se me cruzaron los cables y me tiré al agua. No había tiempo para pensamientos racionales. Tenía que llegar hasta Dinero. Todo ocurrió muy deprisa. Enseguida quedé sumergida. Tragué agua, presa del pánico. Había agua fría y sucia por todas partes, ya no sabía dónde estaba arriba y dónde estaba abajo. Entonces todo se volvió negro a mi alrededor. No recuerdo nada más de lo que ocurrió después.

Más tarde, mis padres me contaron que la corriente me había arrastrado hasta la misma red donde estaba atrapado Dinero. Por suerte había una lancha de la policía fluvial por ahí cerca. Seguramente, rodeé a Dinero con los brazos antes de perder el conocimiento. En cualquier caso, la tripulación de la barca nos sacó a Dinero y a mí del agua casi a la vez.

No sé muy bien cómo, pero lograron reanimarme. Afortunadamente, solo tuve que quedarme unas horas ingresada en el hospital. Aunque luego estuve muy débil y tuve que guardar reposo durante unos días.

Dinero se recuperó mucho más deprisa, pero no se alejó de mi cama. Se sentaba frente a mí durante horas y me observaba. Vi en sus ojos que entendía todo lo que había ocurrido.

Mucha gente no sabe que los perros pueden mirarte con gratitud y Dinero me contemplaba con amor y gratitud. Por supuesto no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir después...

Tenía unos doce años. Todo seguía igual. Todavía no habíamos ido al mar. Mis padres seguían sufriendo por lo que ellos llamaban «recesión». Eso quería decir que la situación económica general era la causante de nuestros problemas monetarios. Les pregunté por qué a los padres de mi amiga Monika les iban bien las cosas a pesar de estar viviendo la misma situación económica que nosotros, pero mi duda fue ignorada airadamente. El negocio de mi padre llevaba varios meses facturando muy poco. El ambiente en casa era a menudo opresivo y, de vez en cuando, mi madre decía que habría sido mejor no comprar la casa. Sin embargo, a mi parecer, ese tipo de pensamientos eran una pérdida de tiempo, ya que al fin y al cabo el pasado no se puede cambiar. Además, si no tuviéramos nuestra propia casa, no habríamos podido quedarnos con Dinero: también tenía su parte buena.

Un día ocurrió algo muy extraño. Decidí encargar por teléfono el último CD de mi grupo favorito. Acababa de ver un anuncio en la televisión donde habían dicho el número de teléfono al que había que llamar para comprarlo.

Así que me senté junto al teléfono y empecé a marcar el número. Pero de repente oí una voz: «Kira, primero deberías pensar si realmente puedes permitirte comprar este CD».

Sorprendida, eché un vistazo por toda la habitación. Las puertas estaban cerradas y no había nadie más ahí dentro. O, mejor dicho, no había ninguna persona más en la habitación: solo tenía a Dinero junto a mí. Tal vez me había imaginado aquella voz... Al cabo de un rato volví a coger el teléfono que había soltado por el susto. Empecé a marcar el número de nuevo. De repente, volví a oír esa voz: «Kira, si te compras el CD, casi no te quedará nada de la paga para el resto del mes».

Dinero se detuvo frente a mí con la cabeza ligeramente inclinada. La voz parecía salir de él, pero eso era imposible. Empecé a tener calor y frío al mismo tiempo. «Los perros no pueden hablar. Ni siquiera los que son tan inteligentes como Dinero», pensé.

«Hace mucho tiempo, todos los perros podían hablar un poco, aunque de una manera muy distinta a la de los humanos. Sin embargo, esta habilidad se fue atrofiando.» Dinero me miró. «Aunque yo todavía la conservo.»

Una vez vi por la televisión un camello que hablaba. «Pero eso era una película», razoné. «Y no estamos en la película. Esto es la realidad.» Y entonces me di cuenta: «Puede que esté soñando». Rápidamente, me pellizqué el brazo. ¡Ay, que daño! De modo que no estaba soñando.

Dinero no dejaba de mirarme. Entonces volví a oír aquella voz.

«¿Ya podemos hablar de manera razonable o quieres seguir pellizcándote y asimilando la sorpresa durante un rato más?»

No sé muy bien cómo explicarlo; pero, de repente, me pareció perfectamente normal oír hablar a Dinero. Tuve la sensación de que llevaba años hablando con él. Sin embargo, había algo que me parecía extraño: Dinero no movía el hocico ni un poco al hablar.

«Los perros hablamos de una manera mucho más avanzada que vosotros, los humanos. Cuando queremos comunicar algo, enviamos un pensamiento directamente al cerebro del otro», explicó Dinero. «Por eso sé lo que estás pensando.»

Entonces sí que me sobresalté.

«¿Me estás diciendo que has estado leyendo todos mis pensamientos?», le pregunté. Rápidamente intenté acordarme de todo lo que había pensado aquellos últimos días...

Pero Dinero interrumpió mis pensamientos.

«Claro que sé lo que estás pensando. Cuando dos seres vivos están cerca, en cierta manera, pueden leer los pensamientos del otro. Y es por eso por lo que sé que te entristece mucho que tus padres tengan tantos problemas económicos. Pero también veo que estás empezando a cometer los mismos errores que ellos. La habilidad de una persona para gestionar bien el dinero se determina a una edad muy temprana. No debería estar hablando contigo. Si los científicos se enterasen, me encerrarían en una jaula y harían todo tipo de experimentos conmigo. Por eso no había contado a nadie mi habilidad. Pero, dado que me salvaste la vida arriesgando la tuya, he decidido hacer una excepción. Será nuestro secreto. Nadie debe saberlo nunca.»

Quería preguntarle varias cosas a Dinero. Quería saber de dónde venía, cómo era su anterior dueño, quién le había hecho daño..., pero me interrumpió.

«El hecho de que podamos hablar es un gran regalo. Luego lo entenderás mucho mejor. Pero ahora no debemos perder el tiempo con muchas preguntas. Sugiero que solo hablemos de un único tema: el dinero. Porque quiero correr el menor riesgo posible.»

«Pero hay otros temas que me interesan mucho más», pensé. Además, mi madre decía a menudo que el dinero no era lo más importante en la vida.

«Yo tampoco creo que el dinero sea lo más importante en la vida. Pero, cuando falta por todos lados, adquiere una gran importancia. Piensa en el momento en que ambos nos estábamos ahogando en el río. Nuestra prioridad era salir de ahí. Todo lo demás carecía de importancia. Pues lo mismo les ocurre ahora a tus padres: su situación financiera es tan mala que no dejan de hablar de ella. Es como si se estuvieran ahogando en el río, por así decirlo. Quiero ayudarte a hacer las cosas de otra manera para que no te encuentres nunca en la misma situación que ellos. Si quieres, te enseñaré que el dinero puede convertirse en un elemento agradable de tu vida.»

Nunca me había puesto a pensar en aquel tema. Por supuesto que me gustaría que mis padres tuvieran más dinero. Aunque tenía mis dudas de si un perro era el mejor consejero sobre cuestiones de dinero.

«Eso ya lo veremos», me interrumpió Dinero, y sonrió con lo que parecía un deje de arrogancia. «Pero primero debemos hablar de algo mucho más importante:

solo puedo ayudarte si realmente lo deseas. Así que te pido que lo pienses bien. A menudo los humanos os dejáis engañar por vuestros pensamientos. Por eso te sugiero que de vez en cuando pongas las cosas por escrito. Escribe diez razones por las que te gustaría ser rica. Mañana, a las cuatro de la tarde, iremos a pasear juntos por el bosque.»

Hasta entonces siempre había pensado que era demasiado pequeña para aprender cosas complicadas sobre el dinero. Además, sabía, por la experiencia de mis padres, que el dinero no era algo agradable.

Dinero me estaba leyendo la mente, por supuesto. Enseguida oí su voz.

«A tus padres les va tan mal porque no aprendieron a gestionar el dinero cuando tenían tu edad. Un sabio chino dijo: “Haz las cosas grandes cuando sean pequeñas, pues todo lo grande empieza siendo pequeño”. Me gustaría explicarte algunos secretos y reglas sobre el dinero. Pero solo funcionará si realmente quieres aprender. Es por eso por lo que primero debes encontrar diez motivos por los que hacerlo. No volveremos a hablar hasta que no hayas completado la lista.»

Durante el resto del día me dediqué a darle vueltas. Tenía mucho en lo que pensar, por supuesto. En cualquier caso, decidí no contarle a nadie lo que había descubierto.

Desde luego no quería que Dinero fuera víctima de saber qué experimentos científicos. Me lo imaginé encerrado en una estrecha jaula y conectado a innumerables tubos. No. Debía evitar a toda costa que ocurriera

algo así. Por eso no conté a nadie que Dinero podía «hablar». Y decidí no hacerme demasiadas preguntas sobre Dinero y aquel milagro. Tenía la sensación de que, si lo hacía, nunca llegaría a ninguna parte.

Todavía no estaba convencida de que tuviera que ponerme a pensar en el dinero. Pero entonces recordé aquella frase del sabio chino: «Haz las cosas grandes cuando sean pequeñas...». ¿Qué podía significar?

De repente, se me ocurrió una posible explicación. Tal vez se refería a lo que le ocurría a Henry, el perro de raza terrier de la familia del vecino. Empezó a vivir con ellos cuando ya tenía cinco años. Y no les hacía ni caso. Los vecinos siempre decían que ahora ya era muy difícil conseguir que cambiara. Que era mucho más fácil enseñar cualquier cosa a un perro cuando es cachorro.

Tal vez mis padres, en el asunto del dinero, fueran como Henry. Además, Dinero parecía saber bien de lo que estaba hablando. Así que me puse a pensar en diez motivos por los que quería ser rica. No fue tarea fácil, pues la mayoría de las cosas que deseaba no requerían mucho dinero.

Al cabo de tres horas terminé, por fin, la lista:

1. Una bicicleta de montaña con dieciocho velocidades.
2. Comprarme todos los CD que quiera.
3. Comprarme las deportivas que hace tanto tiempo que quiero.
4. Hablar por teléfono durante más tiempo con mi mejor amiga, que vive a doscientos kilómetros.

5. Participar en verano en el programa de intercambio y viajar a Estados Unidos para mejorar mi nivel de inglés.
6. Dar dinero a mis padres para que no estén siempre tan tristes y poder ayudarlos con sus deudas.
7. Invitar a mi familia a comer a un restaurante italiano.
8. Ayudar a los niños pobres que no lo tienen tan fácil como yo.
9. Unos tejanos negros de marca.
10. Un ordenador.

Al terminar la lista me di cuenta de que, al fin y al cabo, sí quería ser rica. Seguro que la gente rica no tiene problemas para comprarse todo eso y hacer muchas cosas interesantes. Además, mientras hacía la lista, había estado pensando en mi amiga Jenny. Decidí preguntarle a Dinero si podría compartir mis conocimientos sobre dinero con ella. De repente, apenas podía esperar a que llegaran las cuatro de la tarde, cuando aprendería cómo volverme rica...